



El coleccionista apasionado. Una historia íntima

Autor: Philip Blom
Editorial: Anagrama, Barcelona, 2013
ISBN: 978-84-339-6358-1
Páginas: 376

“Lo tengo, no lo tengo. Lo tengo, no lo tengo. Repe, repe y repe”. Esta salmodia infantil nos lleva al inicio de todo buen coleccionista, la cantera del fanático donde se fragua la relación enfermiza del individuo con sus objetos; algo así como un sacerdocio militante cuya finalidad es conseguir el próximo objeto para aumentar su museo privado. Desde la infancia los humanos coleccionan cosas, más o

menos influidos por los padres o por las campañas publicitarias de las marcas comerciales. Desde niños reunimos cromos, muñecos o juguetes que llenan álbumes y estanterías provocando la desesperación de las madres y la pasión compartida de los padres. En ellos se provoca un renacimiento infantil manifestado más en la pasión por gestionar la colección del hijo (comprar, clasificar, pegar en el álbum, intercambiar repetidos, etc.) que en el conocimiento de las bellezas de la naturaleza, las vidas de los famosos o las proezas de las estrellas de la liga. Es entonces cuando nuestras esposas comprueban que nunca dejamos de ser niños a pesar de las canas y la prominencia de nuestro abdomen. Es cierto que esta afición infantil – a la que podríamos calificar de proto coleccionismo– no es más que un entrenamiento formativo para que en su etapa de adultos puedan desarrollar plenamente esta maravillosa enfermedad. Y como no es un tema menor, era necesario que alguien desentrañase la historia de esta intensa relación entre humanos y objetos. Philipp Blom (Hamburgo, 1970), historiador, novelista, traductor y periodista es un auténtico transatlántico de la historia cultural occidental. Lo mismo escribe un tratado sobre los vinos austríacos (2000), dos excelentes ensayos sobre la Ilustración radical (2005 y 2010) que una historia de Occidente entre 1900 y 1938 (2008 y 2015). Su última obra, *El motín de la naturaleza* (2019) es una inteligente reflexión sobre los riesgos del cambio climático basado en las enseñanzas de lo sucedido en la “pequeña edad del

hielo” entre 1570 y 1700. Sus investigaciones revelan no solo un portentoso fondo de fuentes primarias pleno de erudición, sino que las presenta al público con el inhabitual don de la alta divulgación, tan poco frecuente entre los intelectuales como aplaudido por la legión de seguidores que compran sus libros.

En 2002 –empujado por su editor al descubrir ciertos descartes de sus primeros libros– publicó *To have and to hold, an intimate history of collectors and collecting*, traducido creativamente al español como *El coleccionista apasionado. Una historia íntima* (2013). Calificada por A. C. Grayling (*The Financial Times*) como «una crónica sobre la rareza de la mente humana y la maravilla del mundo, espléndidamente escrita, fascinante, divertida, asombrosa», es, sin duda, mucho más que eso. Tom Phillips, en la reseña publicada en *The Guardian*, confiesa que leyó el estudio de Blom “con la fascinación mórbida que un hipocondríaco aporta a un manual médico”. En cierto modo es una antología de figuras relevantes de la codicia crónica, personajes –todos masculinos– a través de un estilo literario que renuncia a las formas del ensayo académico destinado al autoconsumo de la intelectualidad universitaria para atender la demanda de ciudadanos cultos no especialistas, pero intensamente curiosos.

Es, en realidad, una colección –término más que apropiado en este caso– de ejemplos relevantes de recopiladores de objetos cuyo fin último fue ordenar la naturaleza en busca de una clasificación enciclopédica de todos los

conocimientos –científicos y fantásticos– que definen lo humano en cada época. No cabe duda de que en este repertorio singular Noé fue el pionero –obligado por el triángulo divino del Antiguo Testamento– en lograr una colección perfecta e irreplicable: una pareja de todos los supervivientes del Diluvio para repoblar la Tierra.

El autor describe los hitos del coleccionismo occidental estableciendo una serie de etapas paralelas a la historia de las sociedades europeas. Así, se pasa de una afición de estirpe medieval marcada por los botines bélicos o los tesoros religiosos –repertorios de objetos bellos y valiosos que reforzaban la riqueza y poder de los príncipes– al Renacimiento que concibió sus colecciones como un instrumento de erudición, testimonio de las riquezas y variedad del orbe natural y humano. La época de los descubrimientos geográficos necesitaba conocer, clasificar y poseer las maravillas del mundo explicadas por una ciencia independiente del dogma religioso como respuesta a los desafíos de los nuevos territorios recientemente “descubiertos”.

En el relato sobre la pasión recolectora de Rodolfo II (1552-1612) –emperador del Sacro Imperio y sobrino de Felipe II– se aprecia uno de los ejemplos más relevantes del coleccionismo enfermizo que convirtió el castillo de Praga en un gran museo privado, referente único de las maravillas del mundo conocido a través de la *Kunstkammer*: quien la contemplase “comprendería el corazón de la

Creación misma”, anota Blom. Hoy, cuando se admiran los más de 2.100 objetos recopilados por los Habsburgo durante siglos en el *Kunsthistorisches Museum* de Viena se produce tal alejamiento de la realidad que, si uno fija la atención más allá de las joyas, metales y piedras preciosas que reinan por doquier, se ve contagiado del deseo de su fundador por conocer el espíritu del mundo natural y humano a través de la materialidad de sus objetos. Es un lugar de magia y alquimia –mostrado como la cámara de las cámaras de las maravillas tras la restauración de 2012– donde descubrí qué es un bezoar y porqué fueron objetos preciosos para las cabezas coronadas europeas que veían amenazada su vida en cualquier rincón de palacio.

En la obra de Blom, otros coleccionistas van tomando el relevo de Rodolfo II: los Tradescant (jardineros de Carlos I de Inglaterra), Elías Ashmole (creador del *Ashmolean Museum*), Frederick Ruysch (propietario de una de las colecciones anatómicas más conocidas del siglo XVII), Pedro el Grande (creador de la *Kunstkammer*, origen del Museo Zoológico de San Petersburgo y gran recopilador de dientes humanos), Hans Sloane (inspirador del *Natural History Museum*), el doctor Gall (coleccionista de cráneos humanos) o Vivant Denon, primer director del Museo Central de la República, predecesor del Museo del Louvre. Ejemplos que muestran como del coleccionismo científico del siglo XVIII surgieron los grandes museos nacionales que, durante el XIX, exaltaron la grandeza de los imperios coloniales a través de la adquisición y

rapiña de las piezas arqueológicas y curiosidades naturales procedentes de las tierras conquistadas. Otros grandes coleccionistas podrían haber formado parte del elenco de esta obra como Giacomo Casanova (coleccionista de amantes), Freud (apasionado por las reliquias arqueológicas), Balzac (“bricabracómano” de categoría), Stefan Zweig (poseedor de manuscritos firmados y dibujos originales de Goethe, W. Blake, Hölderlin o Beethoven) o Jean Guérin, el gran mitómano de Proust, gracias al cual podemos ver su estudio de trabajo en el Museo Carnavalet de París. En Madrid, para entrar en materia, basta darse una vuelta por el Museo Cerralbo – abigarrado y heterogéneo muestrario de las adquisiciones del marqués que habitó este palacete– o por el Lázaro Galdiano, referencia actual del debate académico sobre el coleccionismo como aliciente de la creación artística. A partir del capítulo III el autor nos presenta a los coleccionistas de la era industrial rompiendo las barreras de la afición aristocrática gracias a la reproducción en masa de cualquier bien material. Los objetos producidos en serie son la cara más común del coleccionismo de nuestros días. Se recopila todo y, sobre todo. Buscamos una colección peculiar para sentirnos diferentes, para intentar el sueño de ser los únicos que poseen la mayor cantidad de envases de leche desnatada con calcio, de palillos higiénicos envasados, de monedas con defectos de fabricación, de vitolas de puros o de billetes capicúas del subte de Buenos Aires. Aficiones que, a menudo, siembran dudas sobre la plena

capacidad mental de sus protagonistas. Como ejemplo, Blom nos habla de Robert Opie (*Museum of Brands, Packaging & Advertising* de Londres) quien posee una colección de más de medio millón de objetos que quieren contar la historia de la sociedad de consumo británica a través de los objetos publicitarios de las marcas comerciales usadas por los británicos desde la era victoriana. El mismo Opie dice en la web de su museo que “algunos pueden considerar tanta trivialidad aparente como una gran basura (...) pero es entre los fragmentos de la vida diaria donde estamos psicológica y socialmente arraigados, y aquí es donde se pueden encontrar los impulsos de nuestra sociedad”.

El autor, finalmente formula la pregunta clave, aunque no aporte una respuesta definitiva, sino un desafío a cada lector: ¿Qué significa coleccionar? En el *Libro de los Pasajes* W. Benjamin nos avisa que lo decisivo de esta actividad es la transformación que se produce en la cualidad de las piezas seleccionadas: «el objeto es liberado de todas sus funciones originales para entrar en la más íntima relación pensable con sus semejantes». Es, por tanto, una relación diametralmente opuesta a la utilidad, extrayéndolo del ecosistema original (una cuchara sirve para tomar la sopa) para integrarlo en un nuevo sistema histórico creado *ex novo*: la colección (una cuchara del museo de Auschwitz nos habla del Holocausto). Algo así como una criogenización del objeto que pierde sus características individuales (materiales y semióticas)

para quedar subsumido en una misión colectiva de la que se enriquece y empequeñece por igual. La colección es un entorno inestable y en perpetua reformulación porque cuando se integra una nueva pieza, esta y todas las anteriores cambian un poco su significado estableciéndose un nuevo diálogo entre todas. El coleccionismo de libros –dice Benjamin– es el único que no ha separado incondicionalmente sus tesoros de su entorno funcional

Podría ser cierto que uno de los verdaderos objetivos del coleccionista sea la lucha contra el desorden, contra la dispersión, como si la colección pensada existiera ya y su misión fuera recuperarla de la confusión del mundo actual. Por ello, siempre estará incompleta y todo aficionado será un apasionado buscador de nuevas piezas, viviendo en una tensión permanente. El objeto más importante será siempre el que está por venir, dice Blom. Nombra un objeto y puedes tener la seguridad que alguien, en algún sitio, lo colecciona. En palabras del citado Grayling, el coleccionista es alguien que, habiendo encontrado un segundo ejemplar de algo, es condenado a buscar un tercero y, así, sucesivamente. Philipp Blom tituló su obra *To Have and to Hold*, puede que como homenaje a la canción de Depeche Mode (álbum *Music for the Masses*, 1987) o como referencia irónica a esa fórmula clásica de referirse a los vínculos adquiridos por los contrayentes en el matrimonio británico: “Por siempre juntos”. ¿Es una relación similar a la que un coleccionista tiene con sus objetos? No hay peor sueño para estos tipos singulares que su colección acabe

fragmentándose tras su muerte. A cualquier iniciado en esta perversa actividad (desde los cromos infantiles a la recopilación de objetos friquis) es obligado advertirle que no desespere, que no es el único que frecuenta cada domingo el Rastro madrileño, que no es delito ser un habitual del *Marché aux Puces* de París, ni que digan que acude mensualmente al barcelonés *Mercat dels Encants*. Nada hay que temer si le reconocen en el *Naschmarkt* vienés, ser como de la familia en *Portobello Road* o uno más en la *Féria da Labra* de Lisboa. Que no se considere raro si

alguna vez estuvo en *Ámsterdam* y prefirió acudir antes a *Waterlooplein* que al *Rijksmuseum*; si confiesa haber rebuscado en el rastrillo de la *Plac Nowy* de Cracovia o en la Feria de Santo Domingo de Gdansk. Esta afición acabará con su patrimonio (se lo dice uno de los suyos), pero habrá ingresado en el club de los coleccionistas apasionados y, tal vez, sea objeto de estudio de investigadores tan sugerentes como Philipp Blom.

José Luis de los Reyes Leoz
Universidad Autónoma de Madrid